



## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, DON JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO, EN LA ASAMBLEA NACIONAL FRANCESA**

París, 1 de marzo de 2005

Señor Presidente, señoras y señores Diputados,

Gracias, señor Presidente, por su amable invitación a dirigirme a esta Asamblea Nacional francesa. He pasado una gran parte de mi vida político en un Parlamento y soy, ante todo, un diputado, un parlamentario. Y esto es, finalmente, una tribuna. Pero ni mi condición ni mi experiencia pueden aminorar la emoción que experimento al dirigirme a ustedes desde la tribuna desde donde Alphonse de Lamartine y Alexandre Ledru Rollin defendieron el derecho al trabajo, desde donde Louis Blanc defendió la creación de un Ministerio del Progreso y del Trabajo, y desde donde Víctor Hugo defendió la libertad de prensa.

Ciertamente, conmueve hablar ante la Asamblea Nacional. No fue en este Palacio, sino en Versalles, donde el 17 de junio de 1789 los diputados del tercer Estado se proclamaron en Asamblea Nacional. Desde ese día el nombre de Asamblea Nacional será considerado como sinónimo de soberanía del pueblo.

Y fue a través de aquel acto como la Asamblea llamada Nacional se convirtió en una Asamblea universal, una Asamblea que no era la voz de una sola nación, sino la voz de la Humanidad. Como expresión de esa universalidad, dos meses más tarde, el 26 de agosto de 1789, esta Asamblea ofreció al mundo uno de los más grandes monumentos constitucionales de todos los tiempos: la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Recordar esta brillante historia es el mejor homenaje que puedo rendir al Parlamento que hoy me acoge, el mejor homenaje que puedo rendir a los valores que llevo en mi corazón y el mejor homenaje que puedo rendir a Francia.

A lo largo de más de dos siglos, las grandes reformas legislativas, las grandes leyes debatidas y aprobadas por los diputados del Tercer Estado, los diputados "cuarenteochistas", los de la tercera República, y así hasta la actualidad, han sido una inspiración para los demócratas de todo el mundo: la igualdad política, la limitación de la jornada de trabajo, la escolarización obligatoria, el establecimiento de la libertad de reunión y asociación, la libertad de prensa, la separación de las iglesias y el Estado, la abolición de la pena de muerte... Todos esos debates han atravesado los muros de esta Asamblea para iluminar la doctrina constitucional de muchos países, también del mío.

Como tributo a ese legado hago mías las palabras pronunciadas por S.M. el Rey Don Juan Carlos, primer Jefe de Estado extranjero invitado a intervenir ante esta Asamblea, que, citando a Malraux, dijo: "Francia es ella misma cuando lleva una parte de la esperanza del mundo".

Mi país, España, como otros muchos, ha recibido, en efecto, durante los dos últimos siglos la proyección de las ideas políticas concebidas en este laboratorio del pensamiento y de la experiencia que ha sido la historia francesa desde la Revolución.

Desde los primeros ejemplares de la Enciclopedia que llegaron a España en el siglo XVIII, hasta los libros prohibidos que los españoles que se oponían a la dictadura venían a comprar a París durante los años 60 y primeros 70 del siglo pasado, con gran frecuencia las ideas y los anhelos de libertad han llegado a España del otro lado de los Pirineos y con gran frecuencia, por desgracia, los espíritus más libres de entre los españoles han tenido que atravesar los Pirineos para huir de la intolerancia.

No puedo por menos que evocar aquí al "poeta muerto lejos del hogar", al que "cubre el polvo de un país vecino". El país es Francia y el poeta, Antonio Machado, uno de los preferidos de mi generación. Quisiera ahora honrar su memoria y, por supuesto, la de todos los republicanos españoles que se encontraron en Francia con una patria de refugio frente al fascismo y que continuaron su lucha en este país, porque sabían que combatir por Francia significaba combatir por la libertad.

Francia fue también un lugar de esperanza en la década de los 50 y los 60 para cientos de miles de emigrantes españoles que, escapando de la pobreza, trascendieron sus propios objetivos y se impregnaron aquí de valores, de democracia y de modernidad. Esos hombres y mujeres fueron especialmente relevantes en el devenir de la transición española a la democracia. En buena medida, gracias a ellos en nuestro país germinó una de las principales señas de identidad de la España democrática: el ansia de Europa.

La España de las generaciones vivas es la expresión de una superación histórica, de una poderosa fe democrática, de un irrenunciable compromiso con los valores de la libertad y del progreso, y de un empeño en la modernización de nuestra economía, de nuestra sociedad y de nuestra política.

La España de hoy es una sociedad abierta a la cultura, a la innovación, a la cooperación internacional; una sociedad que se siente solidaria con el destino del mundo.

La España de hoy es una sociedad plural, tolerante, defensora de los derechos de las minorías; un lugar para vivir.

Y los españoles de hoy no sólo somos un pueblo contrario a la guerra, que conocimos en su forma más cruel, sino que somos un pueblo movilizado por la paz, porque la paz es la gran tarea de este momento histórico.

Por todo ello, comprenderán ustedes que, mirando a mi país, no puedo dejar de sentirme orgulloso de poder representarlo hoy aquí.

Tengo 44 años, pertenezco a una generación de españoles que ha votado las mismas veces que un ciudadano francés de mi edad. Nuestra lengua materna es la democracia; no conocemos otra. La primera vez que voté en mi vida fue en 1978 para aprobar la actual Constitución Española y la última vez que lo he hecho fue hace sólo diez días para mostrar mi apoyo a la Constitución Europea.

Nosotros estamos construyendo nuestro proyecto político a partir de la vida vivida, a partir de la experiencia de los años transcurridos entre estas dos votaciones. Nuestro proyecto político se erige en torno al ideal de ciudadanía, en torno a la reivindicación de la política. La política es un factor de civilización y la democracia ha sido para nosotros una escuela de compromiso cívico.

Mi generación asistió al derrumbe de los grandes proyectos ideológicos y desconfía tanto de los modelos cerrados de sociedad, como de la reducción tecnocrática de la política. Lo esencial son los valores, los valores cívicos, los valores de convivencia. La tarea de la política no es la búsqueda de la verdad, sino del acuerdo; del acuerdo sobre la realización y actualización de esos valores. Por eso creo tanto en el diálogo, en un diálogo cívico, capaz de aceptar su propia provisionalidad, que esté dispuesto a revisarse y a corregirse; un diálogo en el que la capacidad de escuchar sea tan importante como la de hablar.

En estos meses el objetivo principal de mi Gobierno ha sido impulsar el diálogo democrático en España, así como recuperar la intensidad de la relación con nuestros vecinos europeos.

En pos del ideal de ciudadanía nos hemos propuesto la extensión de derechos en nuestro país. Cada vez que extendemos derechos derogamos dominaciones. Cuando garantizamos el derecho de todo individuo a vivir la propia opción sexual con plena libertad; cuando combatimos la violencia de género y las discriminaciones que padecen aún las mujeres en nuestras sociedades; cuando reforzamos los derechos de los menores frente a las amenazas de una sociedad como la actual, o de los mayores para que conserven la dignidad hasta el final de su vida, o también los derechos de las generaciones futuras con las que tenemos el deber de entregarles una tierra habitable; cuando hacemos todo esto y lo hacemos mediante las leyes, trabajamos por una ciudadanía plena, incorporamos a más personas a la condición plena de ciudadanos.

A las libertades civiles clásicas de expresión, de reunión y de asociación añadimos nuevos derechos de ciudadanía que, lejos de ser una mera expresión de buenas intenciones, son también derechos amparados y defendidos por la Ley.

Pero, además, los ciudadanos sólo son fuertes si tienen educación, si tienen salud, si tienen trabajo, si están protegidos frente a los avatares de la vida o si su dignidad no está a la albur de las fuerzas ciegas de la sociedad o del sistema económico. Por eso creemos en el Estado social y, como creemos en una ciudadanía social y en la necesidad de fortalecerla, comprendemos la importancia que reviste una gestión rigurosa y eficaz de los asuntos públicos en el marco de una economía que deseamos equilibrada y competitiva.

Otra de las tareas principales de nuestra acción de Gobierno tiene que ver con el desarrollo del modelo territorial de España. La divisa de la Unión Europea, "unidos en la diversidad", adquiere pleno sentido para los españoles y suena con fuerza singular para las generaciones que crecimos al amparo de la Constitución del Estado de las Autonomías.

La España del castellano es grande, pero lo es más sumada a la España del catalán, del gallego y la del euskera; la España democrática, la España constitucional, es inseparable del valor de la diversidad y del respeto a su ejercicio cotidiano por todos.

Señor Presidente, señoras y señores Diputados,

La preservación de la propia identidad es compatible con la integración en un proyecto común. Lo ha dicho el Presidente Chirac en referencia a la Unión. No hay ninguna contradicción entre la pertenencia a Europa y el amor al propio país; entre sentirse ligado a la patria de cada uno y sentirse partícipe y depositario de un patrimonio común, construido sobre la base de unos mismos valores y de una historia compartida.

A lo largo de los siglos Europa ha sido un escenario privilegiado para el pensamiento, para la creación literaria y artística, y para la cultura; pero nunca como ahora había disfrutado de un horizonte tan despejado de paz. Europa está en paz consigo misma, éste es hoy su principal patrimonio y lo que la sitúa en una posición singularmente favorable para promover la paz y los demás valores europeos en otras regiones del planeta.

Europa crece, se expande: hace poco más de medio siglo fuisteis cinco los países pioneros en la creación de las Comunidades; hoy ya somos veinticinco los que integramos a la Unión. Europa crece, se extiende, sí, pero es lo más opuesto a un imperio clásico, porque la Unión es una comunidad de Derecho y lo es en un sentido pleno: ha renunciado a la tentación de imponer por la fuerza sus normas a las partes que la integran. Su única fuerza es el Derecho. Expresa de este modo, a mi juicio, el ideal de una Comunidad Internacional respetuosa de la legalidad.

Como tuve ocasión de manifestar en mi alocución ante Naciones Unidas el pasado mes de septiembre, la paz y la seguridad sólo se extenderán con la fuerza de las propias Naciones Unidas y de la legalidad internacional, con la fuerza de los derechos humanos y de la democracia.

El mundo occidental representa a uno de cada diez habitantes, pero atesora el 50 por 100 de la riqueza global. Todavía una gran parte de la Humanidad vive en la pobreza, en el subdesarrollo, alojada en comunidades políticas incapaces de garantizar su libertad y su seguridad. Europa tiene una responsabilidad en esas vastas regiones del planeta que viven extramuros de la democracia y del bienestar. La Unión no puede dejar de preguntarse en qué medida puede contribuir a su desarrollo.

Nuestros dos países, Francia y España, comparten visiones muy similares sobre las relaciones internacionales. Atribuimos una gran relevancia al multilateralismo y al papel de las Naciones Unidas. Nos sentimos unidos en la lucha contra el hambre y la pobreza. Procuramos tender puentes que faciliten la comprensión entre Occidente y el resto del mundo. En este sentido, he propuesto ante esa Asamblea de Naciones Unidas una alianza entre civilizaciones.

Asimismo, los dos países creemos en la necesidad de profundizar en nuestro compromiso con el Mediterráneo, al que España quiere dar un impulso fundamental en la próxima Cumbre del Proceso de Barcelona, en la que se conmemorará su décimo aniversario.

Señor Presidente, señoras y señores Diputados,

Francia y España componen un espacio geográfico de vecindad. Compartimos una historia común, una historia compleja y muy rica; conflictiva a veces, pero nunca marcada por la indiferencia. Disfrutamos de un presente de amistad, de respeto y de cooperación, y por encima de todo ansiamos seguir compartiendo un destino común.

Entre nuestros dos países existe un entramado de relaciones cada vez más denso, un clima de abierta confianza, un espíritu de mutuo apoyo en nuestras muchas coincidencias, y de diálogo sincero y constructivo también para abordar nuestras eventuales discrepancias.

Quiero, en particular, y con la solemnidad que depara este momento, expresar mi agradecimiento y el del pueblo español por la eficaz cooperación de Francia en la lucha contra el terrorismo. Deseo también agradecer de corazón la solidaridad del Gobierno y del pueblo francés por los terribles atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid.

Señor Presidente, señoras y señores Diputados,

Ante la Asamblea Nacional, en la que, como en todos los Parlamentos, se forja la ciudadanía y se vislumbra el horizonte de las más nobles aspiraciones humanas, les ofrezco el compromiso de fraternidad de dos grandes naciones, Francia y España, de dos grandes pueblos, de dos ciudadanía vivas.

Muchas gracias.